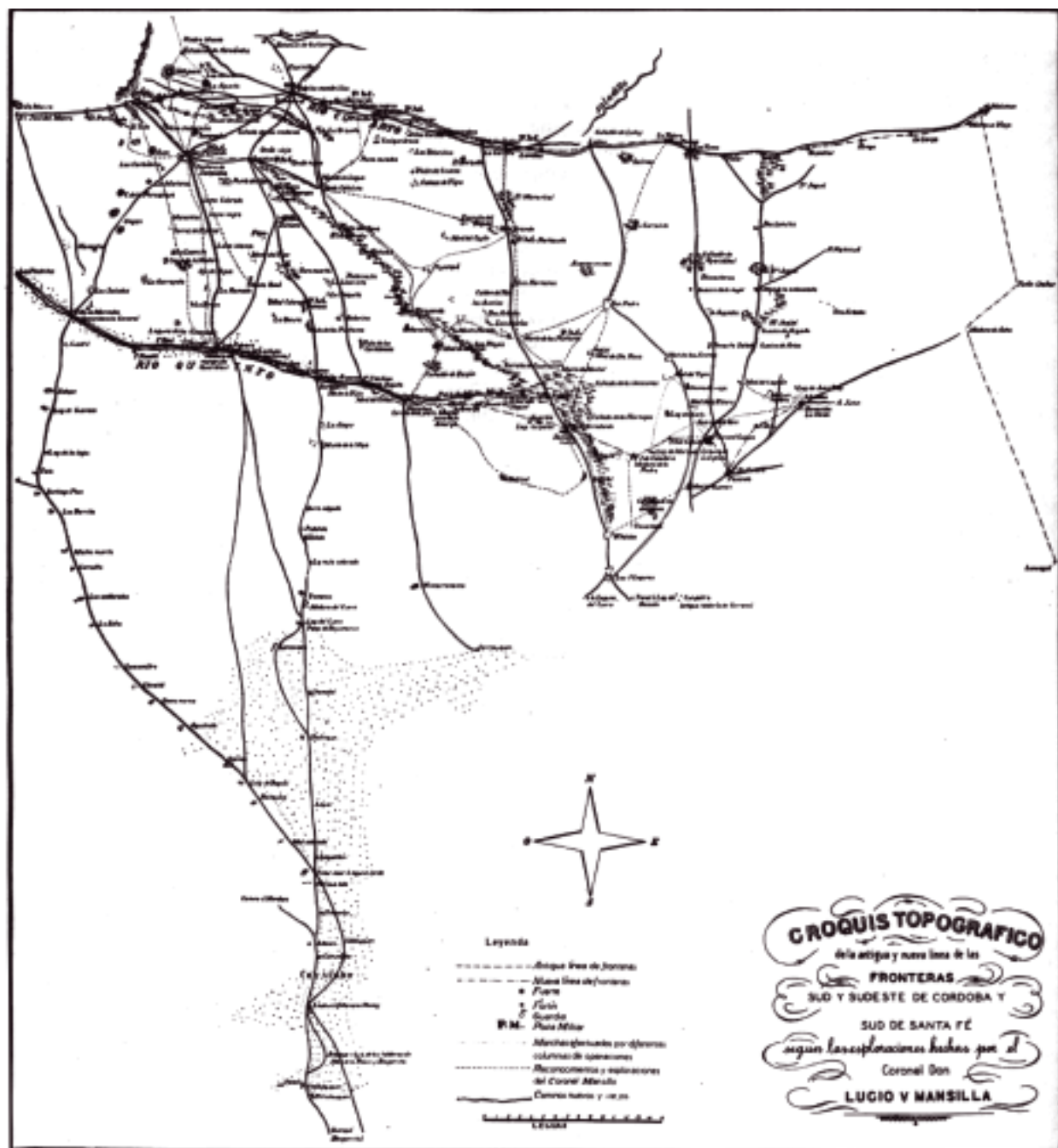


# Cuadro completo del estado de Los Toldos

Lucio V. Mansilla



EL COMANDANTE EN JEFE DE LAS FRONTERAS SUD Y SUD ESTE DE CORDOBA

Villa de Mercedes, abril de 1870

AL SENOR COMANDANTE GENERAL DE LA FRONTERA DE CORDOBA, SAN LUIS Y MENDOZA, GENERAL DON JOSE M. ARREDONDO:

Habiendo regresado anoche de “Tierra Adentro”, tengo el honor de dar cuenta a V. S. del resultado de mi excursión, la que alcanzó hasta Quenque, toldo del cacique Baigorrita, situado como cuatro leguas al Sud de Pitaua.

Mi comitiva se componía de dos sacerdotes franciscanos de la Propaganda Fide, fray Marcos Donati y fray Moisés Álvarez, del Mayor Don Lemlenyi, del Ayudante Mayor Don Demetrio Rodríguez, de los subtenientes Don Enrique Ozarowski y Don Camilo Arias, de un asistente por persona y de seis caballerizos.

Reservando para más adelante suministrar a V. S. todos los datos interesantísimos que durante esta expedición he recogido, V. S. me permitirá que, por ahora, me concrete a lo que se relaciona principalmente con los fines de mi comisión.

Mi marcha hasta “La Verde”, hermosa laguna de agua dulce y permanente, se hizo sin inconveniente, habiendo seguido el itinerario de la laguna del “Cuero”, y estando la pampa anegada por abundantes lluvias de las que sufrí una parte, sin que haya memoria entre los indios de haberla visto por ese camino en semejante estado.

Es de advertir que del “Cuero” despaché un soldado de mi confianza, junto con un indio de Baigorrita que me acompañaba desde el Fuerte Sarmiento, con una carta para Mariano Rosas, avisándole que en dos o tres días me tendría en sus toldos, y con un mensaje para el cacique Ramón, previniéndole que pasaría de largo por los suyos, haciéndole una visita, de regreso.

Este chasque, a pesar de su empeño, tuvo que caminar muy despacio a causa de una gran tempestad, precediéndome sólo algunas horas.

De “La Verde” me moví, avanzando dos leguas sin tropiezo alguno, mas al llegar a la laguna Calcumulevé se presentó un jinete armado de lanza *escaramuceando* el caballo y como queriendo reconocer qué gentes éramos.

Destaqué sobre él mi lenguaraz Francisco Mora, díjole que iba sólo con veinte hombres desarmados y que no había

por qué alarmarse, que dos días antes había despachado un aviso; que podía acercarse o marchar sin demora a dar cuenta.

El indio adoptó la última indicación, partiendo con la rapidez del rayo y perdiéndose luego de vista por los accidentes del terreno quebrado y montuoso.

Yo proseguí mi marcha y a poco de andar comencé a divisar jinetes armados en todas direcciones. Viendo éstos que no se les hacía ninguna demostración hostil, fueron acercándose poco a poco hasta ponerse al habla y mezclarse con mi gente, manifestando el mayor asombro y sin hacerme ninguna indicación de que me detuviese o avanzase.

Por fin, se presentó el capitanejo Caniupán con treinta jinetes, y de orden de Mariano Rosas me intimó suspendiéndose mi marcha, diciéndome que el cacique estaba *achumado* (ebrio), que no podía salir a recibirme, que al día siguiente lo haría.

El mensaje era al parecer cortés, no revelaba ninguna mala disposición; pero tanto el mensajero como los que lo acompañaban no tardaron en hacer manifestaciones sospechosas, llegando algunos hasta enristrar sus lanzas, manosear al Padre Marcos y gritar que aquello era malón de cristianos, amagando atacarme. Felizmente algunas chinas se interpusieron entre ellos y mi gente, agarrándoles vigorosamente sus lanzas y calmándoles con el argumento de que viesan que íbamos desarmados, que debía ser comisión y no *malón*, evitaron un conflicto sangriento.

Es ocioso ocupe la atención de V. S. con otras peripecias que sobrevinieron durante ese día y los dos siguientes que permanecí en campo raso recibiendo mensajes de Mariano Rosas y disculpas por no poderme recibir tan pronto como lo deseaba y asediado por grupos de curiosos, todos ellos armados, siendo de notar que los más audaces e impertinentes eran cristianos.

Y, sin embargo, como me faltaran alimentos, uno de ellos, y un indio Villarruel, hijo de una cristiana de Junín, fueron a sus toldos y me trajeron cordero, zapallos y choclos en abundancia.

Al tercer día de estar demorado, el capitanejo Caniupán se presentó nuevamente con la orden de conducirme hasta “Leubucó” escoltado, lo que se verificó, tratándose con el mayor respeto durante la travesía.

Para esto yo ya lo había conjeturado, que mi demora era efecto de desconfianzas.

El indio Blanco, expulsado por mí del “Cuero”, desparó la voz de que venían doscientos hombres de van-

guardia; que yo no era el coronel Mansilla sino una descubierta; y que la reserva, que era fuerte, quedaba con éste, en Chamalcó.

Los indios, pues, quisieron ganar tiempo para hacer descubiertas a largas distancias, como en efecto hicieron, asegurándose de que ningún peligro real los amenazaba.

En los toldos de Mariano Rosas fui recibido con grandes demostraciones de alegría por los indios y cuarenta o cincuenta cristianos refugiados en “Tierra Adentro” por diversas causas, aclamando mi nombre al son de cohetes, trompetas, tiros de fusil y carabina. Por mi parte, hice vitorear al Presidente de la República, a los Jefes y Oficiales del Ejército Nacional y a los *indios argentinos* de Mariano Rosas y Baigorrita.

Hubo un momento de verdadero entusiasmo en que todos a una gritaron: “¡Viva el Presidente de la República!”.

A los dos días de estar en “Leubucó” donde me encontré con el Reverendo Padre fray Vicente Burela, que había ido a Mendoza en procura de rescatar cautivos, tuve una larga conferencia con Mariano Rosas, arreglando satisfactoriamente todos los puntos del tratado que reclamaban explicación verbal, y resolvió el cacique tuviera lugar una gran junta para dar cuenta a sus indias que la paz era ya un hecho indudable.

Yo me marché para las tolderías de Baigorrita, quedando emplazado para los cinco días en la raya que deslinda las tiendas de este cacique de las de Mariano y un lugar donde los indios celebran habitualmente sus juntas para deliberar y resolver asuntos de importancia.

En la mañana de mi salida de “Leubucó” para “Quenque”, habiendo obtenido permiso de Mariano Rosas para decir una misa, el altar del cristianismo se alzó en plena pampa, y el padre Marcos celebró los oficios divinos, ayudando la misa el padre Moisés y el que suscribe, que oyeron con regocijo y devoción muchísimos cristianos y cristianas.

Mi excursión a las tiendas de Baigorrita se hizo sin novedad, recibíéndome éste con menos aparato que Mariano y tratándose con mayor cariño.

Allí conseguí se hicieran algunos bautismos por el padre Marcos. El cacique Baigorrita, queriéndome dar una muestra de confianza, me pidió le sirviera de padrino a su hijo mayor, al cual, según la usanza de los indios, dióle mi nombre y apellido.

Según lo convenido con Mariano Rosas, estuve en la raya, el día prefijado. Allí tuvo lugar la junta más borrascosa de que haya ejemplo, y no es a mí a quien cumple decir



Arriba: el cacique Coliqueo y su familia 1865.  
Abajo: toldería de indios pampas 1866.

de qué medios y argumentos me valí para dominar aquella muchedumbre turbulenta, que empezó por hacerme el proceso de las traiciones de los cristianos a los indios, increparme la ocupación del Río V y pedirme este mundo y el otro, como si su Cacique General no hubiese ya firmado el tratado de paz, cuyo arreglo definitivo me había llevado hasta ahí.

El parlamento duró nueve horas consecutivas, al rayo del sol, sin que a ninguno de los que tenían que parlamentar le fuera permitido darse punto de reposo ni moverse de su sitio. Todos estábamos sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, dentro de un círculo formado por los caballos de cuatrocientos jinetes más o menos que habían acudido a la junta.

Estas tribus están desparramadas sobre una zona de tierra aproximadamente de mil quinientas leguas cuadradas, de manera que la premura del tiempo no permitió que la reunión fuese más numerosa. De esta dispersión en que viven los indios, considerándose cada uno dueño del terreno que





ocupa por derecho natural, nace el terror pánico que tienen a una invasión de cristianos.

Efectivamente, necesitando de muchos días para operar una reconcentración, ellos son tan débiles en su tierra como los dispersos moradores de nuestra campaña cuando no hay fuerzas militares inmediatas que los protejan. Y sin embargo, es mi opinión fundada en el conocimiento del terreno y de otras nociones que he adquirido, que una invasión transitoria a los indios no puede dar sino resultados efímeros por la inmensidad de la pampa, cubierta de seculares bosques en todas direcciones y que el único plan de guerra llamado a producir efectos permanentes sería el de una campaña de ocupación.

Terminada la Junta, regresé a “Leubucó” con Mariano Rosas, y al día siguiente de mi llegada se bautizaron por el padre fray Marcos Donati diecisiete criaturas hijas de cristianos y de indios, dándome Mariano Rosas por ahijada a su hija mayor.

Aprovechando las buenas disposiciones en que le hallé ese día en que me habló de la gran fe de bautismo al que atribuía su fortuna en la guerra (el indio es cristiano en el nombre aunque no haya sido bautizado), le pedí, apoyándome en el tratado de paz, me concediese al doctor Jorge Macías, detenido hacía dos años en “Leubucó”, salir conmigo a los cristianos.



Arriba: Lucio Mansilla al frente de la oficialidad de la Comandancia General de la Frontera. Archivo del Ministerio del Ejército.  
Abajo: Indios (detalle de litografía coloreada), Carlos Enrique Pellegrini.

Manifestóse resistente a mi pedido, alegando que Macías lo había engañado, y por fin cedió.

Mi regreso ha sido en dos grupos. La mayor parte de mi comitiva la despaché de “La Verde” a Sarmiento por el camino del “Cuero” y yo he venido con mi ayudante don Demetrio Rodríguez, el Alférez don Camilo Arias y tres soldados, por el camino de la laguna del Bagual.

Los indios del Cacique Ramón, conocidos por indios del Rincón, son casi todos sembradores. Ramón lo hace en grande escala. También siembran los de Mariano y Baigorrita, pero no tanto.

Los indios de Ramón, lo mismo que los de Baigorrita, son menos *politicastos* que los de Mariano.

Me explico esto a causa de que los refugiados por causas políticas se hallan casi todos al lado de Mariano.

Estos refugiados, convertidos en cautivos voluntarios, no tardarán, si la paz no es interrumpida, en acogerse al indulto ofrecido por el Presidente de la República.

Les he explicado lo que el indulto significa, guardándome de dar consejos a nadie. Habría sido menos delicado aparecer con la mira de sonsacarlos.

Este elemento de los cristianos en “Tierra Adentro” es grandemente perjudicial y si V. S. excogitase el medio de que los desertores pudiesen salir sin el temor de volver al cuerpo de donde desertaron, sería un bien.

Todos los caciques, todos los capitanejos e indios de alguna suposición, en una palabra, todos los que tienen alguna riqueza adquirida o hábitos de trabajo, desean en “Tierra Adentro”, la paz.

Cumplíéndoles lo ofrecido no harán grandes invasiones ni aun pequeñas, aconsejadas o toleradas por los caciques.

Pero es sumamente difícil, casi imposible, evitar las excursiones de media docena de indios gauchos y menos las de cristianos refugiados por diversas causas, con afinidades en los pueblos y en los campos, entre nosotros mismos.

Usted sabe por su experiencia mejor que yo mismo que no hay cómo evitar que un hombre cruce furtivamente la línea de frontera, que penetre hasta las poblaciones, que reclute gauchos dañinos, y que *sin haber habido invasores se produzca una invasión*.

He dicho que es casi imposible evitar las excursiones de unos cuantos indios gauchos, por más que los caciques no quieran dar sus órdenes y castigar a los que las violen, porque los indios están tan connaturalizados con el pillaje que en “Tierra Adentro” nadie está seguro de su caballo ni de sus estribos.

Sólo el huésped que se aloja en su toldo y de cuyas prendas se hace cargo el dueño de casa, está seguro de lo que posee.

La hospitalidad tiene entre los indios leyes sagradas, aunque no se extiende hasta el caballo que se ata en el palenque o se encuentra en el corral.

Mariano Rosas me ha prometido en este aspecto usar de la mayor vigilancia y severidad con arreglo al tratado.

Creo que cumplirá lo ofrecido. Tiene todos los caracteres de un hombre enérgico y aparenta disposiciones al bien, haciendo gala de que sus hijos varones, adultos ya, no hayan salido a *malón* jamás. Dice que si quieren cuidar lo que él tiene no necesitan exponer su vida para vivir.

Resumiendo, el resultado de mi excursión a Tierra Adentro es el siguiente:

1º La generalidad de los indios desea la paz por instinto de propia conservación, por temor de ser invadidos tarde o temprano, y porque han adquirido necesidades que no pueden satisfacer sino estando en contacto pacífico con los cristianos.

2º Que estas dos tribus representan una población de diez mil almas, inclusive unos mil cautivos grandes y chicos, más bien menos que más y mil doscientos a mil cuatrocientos indios de pelea.

3º Que no son crueles, que tienen hábitos de trabajo, que están muy mezclados con los cristianos, y que la empresa de *reducirlos completamente, cristianizarlos y civilizarlos, conquistando sus brazos para el trabajo* ni es ardua ni larga, desde que la República esté en paz y pueda tener sus fronteras bien guarnecidas.

4º Que para conseguir estos fines con más facilidad, es necesario cortar el comercio con los indios chilenos y con los chilenos mismos, que se hace actualmente en caravanas que no bajan de cincuenta individuos y cuyo comercio es fomentado por los estancieros fronterizos del sud de Chile. Este comercio es el que durante muchísimos años ha influido en la repetición de los *malones*. Juzgue V. S. los beneficios que él representa para los que lo hacen por el solo siguiente dato.

Los chilenos venden una *cuarta* de aguardiente por cinco vacas y un par de espuelas de plata de veinte onzas por veinte vacas. Los indios tienen dos grandes pasiones: la *embriaguez* y la *chafalonia*.

5º Mariano Rosas mandará el 1º de mayo al Fuerte Sarmiento a recibir las raciones que V. S. me ha ordenado contratar. Le he explicado que es un anticipo que el Gobierno hace y que, cuando el Congreso haya votado los fondos debidos, se les entregará el primer trimestre con arreglo al tratado.

6º Mariano Rosas se considera en paz y con derechos a los beneficios del tratado desde el día en que el Presidente de la República *lo aprobó y firmó*.

7º Me ha hecho presente la necesidad de aplazar hasta que la paz esté perfectamente cimentada, la ejecución de los artículos referentes a la venta de tierras, por la resistencia que, en sus desconfianzas y por sus ideas tradicionales, oponen los indios al negocio.

8º Me he permitido verificar paulatinamente la entrega de los veinticinco cautivos y cautivas, cincuenta por todo, alegando, lo que es verdad, que tiene que exigirlos a los capitanes y que representando cada cautivo el valor *mínimum* de doscientos pesos bolivianos, es necesario que palpen primero todos, todos, las ventajas y los bienes de la paz.

9º Me ha hecho presente la imposibilidad material de que los indios [que] salgan a bolear anden con pasaporte, por los hábitos andariegos que les son peculiares, por las largas distancias en que viven de los toldos de los capitanes y caciques, y he convenido con él en esto, a ver qué sucede en la práctica.

10º Me ha pedido que en cada fuerte o villa fronteriza se haga un rancho para que los indios [que] salgan a comercio y que no tienen conocidos en cuyas casas alojarse, puedan guarecerse. Ya se lo he prometido.

11º Me ha pedido, y también se lo he prometido, pues es una pequeñez, que las comisiones que vengan trimestralmente a Sarmiento a recibir las raciones y que se demorarán en aquel punto, cuatro o seis días a lo sumo, sean racionadas de carne.

12º Me ha pedido que para evitar conflictos con los indios que salgan a bolear, no se hagan las descubiertas al frente a tan largas distancias como antes se han hecho en las fronteras de mi mando, y he convenido en ello.

13º Igualmente me ha pedido si será posible algunos meses, avisando con un mes de anticipación, aumentar la entrega de yeguas y disminuir las raciones de azúcar, etc., etc., etc. He convenido en ello creyendo que no había dificultad para el proveedor en cambiar las especies.

Tal es, señor General, en resumen, el resultado de la comisión que V. S. se sirvió confiarme, comprendiendo que una conferencia mía con los caciques Mariano Rosas y Baigorrita era indispensable, teniendo en cuenta la forma en que el Presidente de la República ha aceptado el tratado de paz celebrado por mí.

Creo haber conseguido los objetos que se tuvieron en vista al correr el riesgo de consentir V. S. en mi expedición.

Ahora, en cuanto a la posibilidad de que la paz dure, teniendo en cuenta el carácter de los indios, sus costumbres, sus necesidades, su constitución social y gubernativa, mi opinión es que ella puede durar y hacerse perdurable según la prudencia, la sagacidad y el reconocimiento que de estas cosas tengan los agentes del Gobierno.

Habiendo sabido por Mariano Rosas que indios de Calfucurá se preparaban para invadir la frontera norte de Buenos Aires por la *Mula Colorada* transmití desde Leubucó el aviso correspondiente por la línea de fortines.

En cuanto a la última invasión a la frontera Sud de Santa Fe, puedo asegurar a V. S. que ella no ha sido de indios ranqueles sino, como antes se lo afirmé fundándome en ciertas conjeturas, de los indios del Toai, dependientes de Calfucurá.

No debo cerrar esta nota sin hacer presente a V. S. que [he] tenido el mayor cuidado de *inculcar públicamente* en los indios, la idea 1º de que la paz es con todas las provincias de la República, enumerándoselas y que el negociador de ella, que puede desaparecer mañana por cualquier circunstancia, no puede ni debe implicar un motivo de queja o de disgusto, desde que el gobierno tiene el derecho de cambiar a su antojo los jefes militares fronterizos.

Queda aún en Tierra Adentro el capitán don Martín Rivadavia, esperando mis órdenes y hasta que conceptúe innecesaria su presencia allí. Si V. S. se digna recomendar este oficial, hijo de un grande hombre, a la consideración del Gobierno, haría un acto justo en obsequio de un soldado resuelto, perseverante, paciente y que con la mayor energía a la vez que circunspección se ha hecho guardar sus fueros entre los indígenas y cuyo oficial puede ser útil a V. S. más adelante.

Dios guarde a V. S.

**Lucio V. Mansilla**